

Teología de la Carne y del *Silencio*

La Escritura Sagrada particularmente: los Vedas, el Talmud, Tanakh, Biblia y Corán se fundamentan en tres vocablos: **Palabra**, **Escuchar** y *Silencio*, para cada una de ellas estos vocablos existen por el Cuerpo, pero de igual manera, este existe, por estas tres palabras.

Dios o los dioses, crean a partir de la **Palabra**, y no hablo sólo de la Creación descrita en cada uno de estos libros de manera revelada y simbólica, sino de esa Creación convertida en poder que puede hacer tanto bien como mal, es decir, la **Palabra** que pronuncia nuestra capacidad de discernir y en base a un propio “conocimiento”.

Cada uno de nosotros estamos formados de **Carne** y **Espíritu**, de **Mente** y **Alma**, de **Palabra** y *Silencio*, somos una acción dentro del acto sagrado, por ello, como bien lo menciona el Talmud, *antes de que el conocimiento estuviese escrito, la naturaleza ya lo lleva implícito en su día a día*, por lo cual, el ser humano, al mismo tiempo que aprende a leer y a escribir, debe aprender a **Escuchar** lo que le expresa el viento, el cielo, el amanecer, la luna, la oscuridad, el caminar de los insectos, el aullido del lobo, el movimiento del elefante, la tempestad del mar, debe aprender a **Escuchar en nombre de la contemplación** cada día, porque esas **Palabras** dichas más allá de la voz nunca regresarán, por ello se nos otorgaron los instintos, para **Escuchar** a la Creación. De igual manera se nos ofrecieron los sentidos, para entender a la razón, para vivirla en su momento preciso.

Cuando se vive en una ciudad, los instintos se adormecen, la modernidad y la tecnología ahorrán la reflexión y marginan el instinto salvaje que nos hace uno con el universo, pero frente a esto los sentidos se desarrollan, en contraparte cuando se vive en el campo, en el bosque, los sentidos descansan sobre la razón, y el amanecer de los instintos resplandece porque ellos son quienes nos ayudarán a vivir en la libertad de la naturaleza.

Pero, en nuestra existencia, necesitamos de ambos, porque así como somos **Carne** y **Espíritu**, también somos **Sentidos** e **Instintos**.

El encuentro con los Libros Sagrados, nos encamina a percibir, que la falta de contemplación nos vela el sexto **sentido**, que es el del **Corazón** y el **instinto** del Tiempo o Eternidad, los cuales llevamos implícitos como hombres y mujeres en nuestro interior.

Así puedo decir que somos seres formados por:

- Palabra y *Silencio*.
- Carne y Espíritu.
- Sentidos e Instinto.
- Corazón y Eternidad.
- Razón y Alma.

Sostenidos por la acción divina de **Escuchar**.

La **Palabra** y el *Silencio* son sagrados porque contienen tanto el bien como el mal, con ambos se puede sanar pero también destruir. La **Palabra** nos hace comunicarnos con el prójimo, el *Silencio* comprender y aceptar. De igual manera, la **Carne**, nos hace percibirnos, conocer y expandir nuestros sentidos y el **Espíritu** nos lleva a reflexionar y a liberar nuestros instintos.

En base a esta reflexión y al estudio diario de los Libros Sagrados, desarrollo la *Teología del Silencio y de la Carne*, fundamentada en el encuentro con Dios a partir de la sexualidad, y en la sanación del otro(a) a través del *Silencio*.

Entendiendo que la sexualidad no se basa únicamente en el acto sexual, sino en el propio reconocimiento de sabernos seres con la capacidad divina de engendrar vida y de crear bienestar en el otro.

El cuerpo es un Templo, no es una cárcel, esta diferencia cambia la perspectiva de nuestro encuentro con Dios porque, sabernos un Templo, consagra nuestras sensaciones, y nos ayuda a reflexionar aquellas acciones que dañan al otro, pero, sentirnos una cárcel, nos conduce a culparnos de todo lo percibido y sentido exterior e interiormente robándonos nuestra libertad, cuando este es el don más grande que tiene la humanidad, porque nos hace sabernos un yo construido en el tú para formar un nosotros.

La Teología de la Carne y del *Silencio*, se fundamenta en revelarnos a nosotros mismos y en base a nuestro cuerpo lo divino que nos construye, y consagra la sexualidad como el más hermoso acto que nos lleva a sentir la Encarnación en nosotros mismos en el momento del Orgasmo, por ello, el encuentro con otra persona debe de ser un encuentro de amor y sabiduría, porque al mezclarse y unirse los cuerpos, la Palabra, el *Silencio*, los Instintos, los Sentidos, el Corazón, la Razón y el Alma, se revelan como el todo y la nada, quedando sólo el acto de Escuchar.

En ese instante, nos escuchamos a nosotros mismos y al otro, a nuestro y a su cuerpo; la sexualidad es sagrada porque al expandirse en nuestra humanidad, une todo lo que somos llevándonos a consagrar a Dios a partir de nuestra humanidad y la del otro, teniendo claro que al descubrir a Dios en todo lo que somos experimentamos el acto de Escuchar y por ende a vislumbrar el *Silencio*.

El *Silencio* llega de manera significativa cuando hemos comprendido a Escuchar a el cuerpo, a contemplarlo, a sentirlo, cuando nuestro lenguaje día a día expande el significado de cada Palabra más allá del sentido común y advierte que cada palabra tiene diversos lenguajes, siendo el mayor de ellos el del *Silencio*, no el callar, porque callar se queda en una acción física, pero el *Silencio* se vuelve un acto del Espíritu y de la Razón, a tal grado que sana.

Conforme nos vamos encontrando con la Carne, tendemos a reconocer el *Silencio*. El *Silencio* es un misterio, pero al llevarlo a cabo robustece, por ello si lo penetramos y

sabemos escuchar el latido de nuestro corazón, incorporaremos una parte fundamental de nosotros mismos. Aunado a esto si cada **Palabra** que pronunciamos la decimos a ese ritmo, reconoceremos nuestro tiempo en el universo, el cual no es el mismo para ninguna persona, este tiempo, tiene relación con las estrellas, polvo que nos ofrece diversos grados de sabiduría y de conocimiento, porque aunque estemos juntos en un mismo tiempo cronológico, el tiempo de la estrella de la cual nos formamos es distinto en cada persona, algunas son más antiguas que otras, de ahí la diversidad al percibir la realidad incluso del mismo instante, porque la sabiduría que cada uno llevamos dentro tiene diferentes tiempos de eternidad. Pero frente a esto, tenemos en común, el latido del corazón, por ello, a través de su ritmo, de su voz y su *Silencio* podemos sanar a nuestros semejantes.

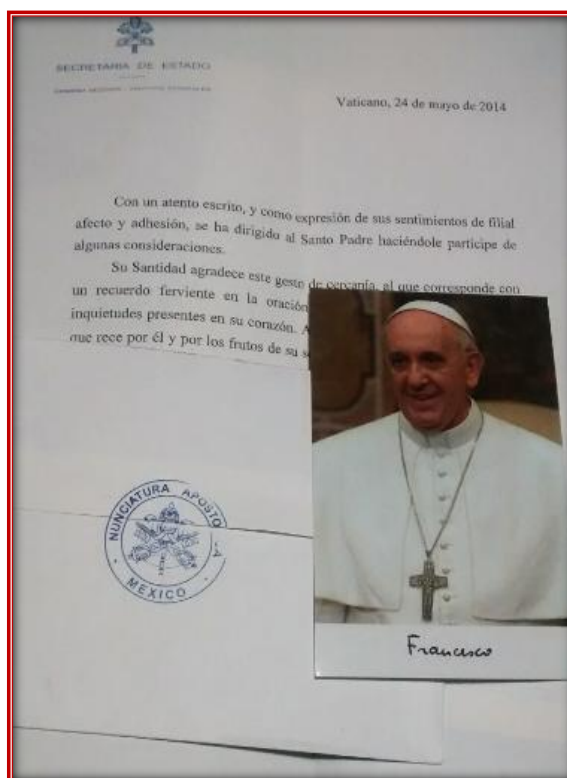
El latido del **corazón** se convierte en nuestro propio mantra, el cual se repite interior e inconscientemente.

Cada una de las religiones dichas al inicio lo saben, por ello, cada canto sagrado tiene una pronunciación distinta al lenguaje normal, cada Veda, cada Salmo, cada Sura, se dice al ritmo del latido del **corazón**, de ahí la importancia en la respiración en todo acto meditativo, porque así como alguien que habla rápidamente estresa a la otra persona, de la misma manera quien habla, al ritmo natural de su corazón podrá sanar a través de la **Palabra** y el *Silencio*, sin que esta tenga que ser una conversación mística. La vida del ser humano se rige en su cotidianidad, y es desde esta que puede y debe sanar al otro.

En Resumen, la **Teología de la Carne y del *Silencio*** pretende ser un camino al encuentro con nuestra humanidad y divinidad consagrada en el acto sexual para así poder sanar al otro a través de la seguridad de nuestras palabras otorgada por nuestro cuerpo y por la honradez de nuestro **corazón**.

Porque sólo el que sepa **Escuchar** la **Palabra** de su propio **corazón** podrá curar con el *Silencio...*

Con conocimiento de su Santidad Francisco, fecha 24 de mayo 2014.



Martha Leticia Martínez de León... *Silencio*